

Sería caer en un lugar común, decir que la humanidad vive en nuestros años una edad crucial.

Las normas de convivencia humana que imperan hoy en día, no responden a las necesidades del presente. Las generaciones jóvenes buscan afanosamente nuevas reglas sociales, más adecuadas a la realidad de la hora.

En nuestra Patria misma, percibimos la necesidad de trascendentales reformas. Nos damos cuenta de que el porvenir nacional, para que sea próspero y feliz, debe enmarcarse en líneas diferentes de las actuales.

El Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora nació a la vida pública para luchar por una honda transformación de la existencia colectiva. Cree en la necesidad de efectuar en nuestra nación, un reajuste total de valores. Cree que es preciso operar en la colectividad chilena, profundas reformas espirituales, políticas, económicas y sociales.

En el campo de lo espiritual, abogamos por la cristianización de la sociedad. Creemos que la inmoralidad es la primera fuente de los dolores humanos, y que, mientras más se alejen los individuos del cumplimiento de las reglas morales, más distante se hallará la colectividad de ser feliz.

Abogamos, en el orden espiritual, por la paz de las naciones y la unión de los individuos; pero creemos que la unidad de los hombres debe realizarse en torno de la verdad y el bien, y no mediante concesiones que nuestra conciencia rechaza.

En el orden político, sostenemos la necesidad de sustituir la falsa democracia que nos rige. Propiciamos el Gobierno popular, si por tal se entiende la atención preferente de los más necesitados y el avance progresivo hacia la relativa igualdad que es dable alcanzar. Pero rechazamos el Gobierno popular, si bajo

este nombre se disfraza el imperio de la masa inconsciente sobre la minoría consciente, de la ineptitud sobre la capacidad. El sufragio universal no se traduce en la práctica en el Gobierno de todos los ciudadanos, sino en el de pequeñas minorías, dirigidas muchas veces por audaces y falsarios. Hay, pues, que sustituir esta falsamente llamada "democracia representativa", por un régimen que en verdad represente los valores efectivos.

En el orden social, creemos que las relaciones del capital y del trabajo no pueden dejarse entregadas al azar de las leyes llamadas "naturales". La colectividad tiene la obligación de amparar al débil y sofrenar al fuerte, asegurando a cada hombre, por su trabajo, los medios de vida necesarios para mantener su dignidad de tal. Hay que propiciar la concordia entre capitalista y asalariado, reprimiendo con igual entereza la injusticia en aquel y la violencia en éste.

En el orden económico, rechazamos también el imperio descontrolado de las leyes naturales; pero creemos aún más funesta la intervención sin límites del Estado, cuando los poderes públicos, por su propia generación, no son aptos para regular adecuadamente la economía nacional. Es necesario, por eso, dar ingerencia en la gestión de los negocios colectivos, a las fuerzas económicas orgánicamente representadas.

Afirmamos que la propiedad y el capital tienen una amplia función social que cumplir, y sostenemos el derecho de la colectividad a exigir ese cumplimiento. Pero proclamamos, a la vez, que la propiedad y el capital deben gozar de sólidas garantías; que debe precisarse con exactitud la línea que separa sus derechos, del poder del Estado. No hay camino más corto para el estancamiento de la actividad económica, para la ruina colectiva, que la perpetua amenaza de intervención estatal. Ella cierra las expectativas, mata las energías, aleja a los hombres de toda iniciativa creadora.

Pensamos, en el orden económico, que en Chile es más grave el problema de la producción que el de la distribución. La

causa de la pobreza angustiosa de muchos de nuestros conciudadanos no está en la fortuna relativa de algunos; sino en la escasez de riqueza nacional. Es preciso, por éso, crear nuevas fuentes productoras, acrecentar las que hoy existen e impedir que los beneficios dejados por su explotación salgan al extranjero. Hay que desarrollar nuestra incipiente economía hasta hacerla capaz de mantener en condiciones adecuadas a toda la nacionalidad.

Las aspiraciones que he mencionado no son todas las que la Juventud Conservadora sustenta, ni son siquiera las más importantes. No me toca en estos momentos hacer la exposición de nuestra ideología. Sólo he querido recordaros que nuestro Movimiento, a fuer de joven y cristiano, es una fuerza reformista.

Y he querido recordaros esta premisa para deciros a renglón seguido que esta juventud renovadora, esta juventud que cree en la necesidad de operar una vasta transformación social, está en el Partido Conservador.

Quienes se dejen engañar por el significado literal de una palabra -"conservador"- y quienes se dejen seducir por el cúmulo de engaños que se alza alrededor de nuestro Partido, podrán considerar incongruente nuestra actitud. Pero los que estudien con serenidad y hondura la realidad política chilena, y especialmente la del Partido Conservador y la de su Juventud, sabrán comprender que la actitud de ésta, al formar parte de aquel, no sólo no es incongruente, sino que es la única posición lógica que nos cabe.

Nuestra Juventud, para luchar en la vida pública por el triunfo de sus ideas, ha tenido que optar entre tres términos: afiliarse a la Izquierda, afiliarse a la Derecha o mantenerse independiente de una y otra.

No podíamos sumarnos a la Izquierda, porque, si bien, en ocasiones, tenemos con ella afinidades circunstanciales, nos separa de la misma la esencia de nuestros principios.

Mientras nosotros somos cristianos ante todo, la Izquierda es de inspiración materialista e irreligiosa. Es cierto que este materialismo y esta irreligiosidad pueden no traducirse

en la negación desembozada de los valores espirituales o en la abierta persecución de la Fé; pero no es menos cierto que hay sectores izquierdistas que propician uno y otro extremo, y que el triunfo de la Izquierda trae siempre como consecuencia un clima psicológico anti-espiritualista y anti-religioso.

Mientras la Izquierda tiene en la prédica del odio de clases la más fuerte de sus armas de combate, nosotros sabemos que, de todos los vicios humanos, el que más rife con el Cristianismo es el del odio. ~~No en balde dijo el Maestro que sus discípulos habrían de distinguirse de los demás hombres, en el amor que se profesarían.~~

Mientras nosotros rechazamos la mentira, la Izquierda hace una industria del engaño. Entre el charlatán callejero, que vende el específico capaz de curar todas las dolencias, y el político izquierdista, que promete realizar lo que él mismo sabe imposible, no hay más diferencia que entre el ladrón de gallinas y el saltador de Bancos.

Izquierda significa inestabilidad política y social, con su forzosa consecuencia: la ruina colectiva. Izquierda significa Gobierno de ineptos e improvisados, y hasta de deshonestos. Izquierda significa desorden en todas las esferas de la Administración; desconfianza en todas las actividades productivas.

Cooperar con la Izquierda es alentar a sectores de ella que combaten abiertamente los postulados básicos de la civilización occidental, negando a la Patria y a la propiedad y atacando la célula primaria de toda sociedad cristianamente organizada: la familia.

Creo que no necesito seguir indicándoos las razones por las cuales nuestra Juventud no puede, ni podrá jamás, afiliarse a la Izquierda. Para ello deberíamos sacrificar la sustancia de nuestros principios doctrinarios, la médula de nuestro concepto del bien público.

He señalado como la segunda posibilidad que se presentaba a nuestra juventud, la de constituir una organización políti-

ca independiente de Derechas y de Izquierdas.

Vosotros sabéis que existe un grupo de hombres, segregados de nuestras filas, que optó por esa posibilidad. Ese grupo está encabezado por los que hasta ayer dirigieron la Juventud Conservadora.

Dotados del tiempo, los recursos económicos y las dotes personales necesarias para consagrarse a una activa propaganda, aquellos hombres han procurado insistentemente convencer al país de que marcha con ellos toda la antigua Juventud Conservadora; el vasto conglomerado juvenil que, en la Convención de Octubre de 1935, concurrió a formar nuestro Movimiento.

Pero la verdad es otra. La mayoría de los jóvenes conservadores, de los que integraban en los últimos años ese Movimiento que conmovió al país, permanece en nuestras filas. Al círculo dirigente que, cegado por los éxitos y las posibilidades momentáneas, se alejó del Partido, sólo le siguieron aquellos que, de antemano, se habían habituado a obedecer ciegamente a la directiva, cualesquiera que fuesen sus veleidades políticas. Con ellos marcharon también los que jamás habían sido leales soldados del Movimiento de la Juventud Conservadora; los que entraron a él con la finalidad precisa de cooperar a que el Movimiento se separara del Partido.

Esta es, como digo, la verdad de los hechos. La Juventud Conservadora ha perdido algunos dirigentes de cierto brillo político; pero sus filas <sup>continúan</sup> ~~son~~ numerosas y compactas. ~~son~~

Nosotros rechazamos abiertamente la posibilidad de crear un Partido propio. Somos jóvenes y creemos que la Juventud debe ser oída; pero no negamos el valor de la experiencia y del reposo espiritual que sólo los años pueden darnos. Un Partido político integrado únicamente por jóvenes, es tan ineficaz como el que carece de juventud. Sólo la conjunción de las generaciones, la unión de los jóvenes con los hombres maduros, puede conducir a soluciones armónicas. ~~Así como resulta visible que un anciano~~

~~pretenda aplicar a la moderna lucha entre Izquierdas y Derechas, el criterio con que cuarenta años atrás juzgaba los comités de Alianza y Coalición, resulte pueril que opina de problemas económicos quien se veía en aprietos para cobrar un cheque.~~

Nosotros sabemos que constituir un Partido autónomo, significa para nuestra Juventud ubicarse en el Centro. Nada obtendremos con afirmar que nos hallamos "por encima de Derechas y de Izquierdas". Nuestra realidad política no se concilia con esa posición. En el hecho, ~~esta~~ se identifica con el Centro.

Y el Centro constituye el albergue de toda esterilidad política. Centro, en nuestra Patria, es vacilación y componenda. Es eterno coqueteo con ambos lados. Los pequeños Partidos de Centro terminan siempre aliados con el vencedor.

Si las elecciones venideras modifican la composición de nuestro Congreso, ¿ qué rol jugará aquel Partido de Centro ? Desprovisto de la influencia decisiva que en la mayoría parlamentaria le ha dado la casualidad, desplazado del Centro por otros Partidos, tendrá que afiliarse de hecho a una de las dos grandes combinaciones políticas que encauzan la <sup>opinión</sup> oposición. Así le sucedió al Nacismo, fuerza que era viril y definida. Así le sucedió al Partido Radical, no obstante todo su poderío. El flamante Partido de Centro pasará a ser una pequeña e impotente fracción derechista, o, lo que es más probable, un fámélico postillón de la Izquierda dominante.

No, señores; nosotros no podemos seguir a los que constituyeron un Partido <sup>autónomo</sup> Autótono. No podemos exponernos a amanecer mañana <sup>formado parte</sup> aliados de la Izquierda. No podemos embarcarnos en la nave que utilizara el señor González von Marées, por más que ahora la comanden Leighton y Garretón. Cuando el barco hace agua, de poco aprovechan los buenos propósitos de la oficialidad.

He expuesto las razones por las cuales no podemos formar parte de la Izquierda, ni constituir una entidad política independiente. Sólo nos queda un término, la Derecha, y dentro de la Derecha, el Partido Conservador.

Pero no debe creerse que sólo razones negativas nos unen a nuestro Partido; que sólo nos ata a él nuestra aversión por la Izquierda y nuestro desdén por el Centro. Hay entre el Partido Conservador y su Juventud, vínculos más sólidos que éstos.

Tanto ~~la~~ la Juventud Conservadora como el Partido propiamente tal, son de inspiración católica. De este hecho se deriva la absoluta identidad de los principios esenciales de ambas fuerzas. De aquí nuestro convencimiento de que las posiciones que adopte el Partido Conservador, jamás podrán atentarse contra la sustancia de nuestra doctrina.

De cuantas fuerzas se disputan el predominio político en nuestra Patria, el Partido Conservador ha sido la más calumniada por sus adversarios. Se le ha señalado como amparador de intereses, porque defiende el orden. Se le ha tildado de retrógrado, porque antes de propiciar cada medida, analiza las ventajas y los inconvenientes que ella ha de reportar. Se le ha sindicado de enemigo del pueblo, porque no halaga a la masa y sabe mostrarle, junto con sus derechos, sus deberes. Se le ha calificado de quietista, cuando en verdad procura una evolución metódica hacia nuevas fórmulas sociales.

Los hombres del Partido Conservador no son esos sátrapas soberbios e intolerantes que han dibujado nuestros enemigos. Buscan honradamente el bienestar común y no niegan su concurso a ninguna iniciativa de bien público. Comprenden que las fórmulas del pasado no resolverán los problemas del porvenir y reconocen la necesidad de introducir reformas en la organización colectiva. No exigen a la Juventud que piense exactamente como lo generación que le precedió. Respetan su derecho a sustentar ideas propias, y sólo le piden lealtad en la lucha contra el enemigo común.

El Partido Conservador no es una fuerza estática, sino una colectividad en perpetua evolución. En el curso de la historia patria, ha mantenido inalterable sus principios fundamentales, pero ha sabido adaptar lo accidental de su doctrina a las necesidades de cada época. Y ayer, como hoy, ha habido entre sus hombres diferentes apreciaciones políticas. Corrientes que en su hora fueron de avanzada, han lu-

chado dentro del Partido para imponerse, y no han necesitado para ello transgredir la disciplina de la colectividad.

Nosotros nos sentimos orgullosos de ser conservadores. Apreciamos en lo que vale la tradición de patriotismo y desinterés que marcaron los hombres de nuestro Partido. Admiramos la solidez de sus principios fundamentales, nunca quebrantados. Confiamos en la inspiración cristiana y en el espíritu público de sus dirigentes y estamos dispuestos a acatar honradamente la disciplina conservadora.

Ante uno u otro problema del momento, podrán suscitarse diferencias de apreciaciones entre el Partido y la Juventud. Pero día llegará en que nuestras ideas sean las de toda la colectividad a que pertenecemos; en que nuestro Partido, ferreamente unido, marche en pos de la honda renovación que propiciamos. Puede que para entonces, no hayamos merecido los aplausos interesados de otros campos; que no hayamos decidido jamás las mayorías parlamentarias; que no hayamos visto nuestros nombres escritos con letras de molde en los periódicos de Izquierda. Pero, en cambio, tendremos la satisfacción de haber servido lealmente a la causa social-cristiana, que es la causa de la Patria.



Pero no debe creerse que sólo razones negativas nos unen a nuestro Partido; que sólo nos ata a él nuestra aversión por la Izquierda y nuestro desdén por el Centro. Hay entre el Partido Conservador y su Juventud, vínculos más sólidos que éstos.

Tanto la Juventud Conservadora como el Partido propiamente tal, son de inspiración católica. De este hecho se deriva la absoluta identidad de los principios esenciales de una y otra fuerza. De aquí nuestro convencimiento de que las posiciones que adopte el Partido Conservador, jamás podrán atentar contra la sustancia de nuestra doctrina.

*De cuantas fuerzas se disputan el predominio político en nuestra Patria, el Partido Conservador ha sido la más calumniada por sus enemigos. Se le ha señalado como amparador de intereses, porque defiende el orden. Se le ha tildado de retrógrado, porque, antes de propiciar soluciones, analiza sus ventajas, sus inconvenientes. Se le ha sindicado de quietista, cuando la verdad es que procura una evolución orietódica hacia nuevas fórmulas sociales.*

~~La identidad de principios esenciales, nos obliga a mantenernos en el Partido Conservador. Nuestras distintas modalidades ideológicas, nos fuerzan a luchar dentro del Partido, para imponerlas a todos los conservadores.~~

~~Tenemos la seguridad de que hemos de triunfar en esta~~ ~~lucha interna; porque~~ El Partido Conservador no es una fuerza estática, sino una colectividad en perpetua evolución. En el curso de la historia patria, ha mantenido inalterables sus principios fundamentales, pero ha sabido adaptar lo accidental de su doctrina a las necesidades de cada época. Y ayer, como hoy, ha habido entre sus hombres diferentes apreciaciones políticas. Corrientes que en su hora fueron de avanzada, han luchado dentro del Partido por imponerse, y no han necesitado para ello transgredir la disciplina de la colectividad.

Los hombres del Partido Conservador no son esos sátrapas soberbios e intolerantes que han dibujado nuestros enemigos. Buscan honradamente el bienestar común y no niegan su concurso a

a ninguna iniciativa de bien público. Comprenden que las fórmulas del pasado no resolverán los problemas del porvenir y reconocen la necesidad de introducir reformas en la organización colectiva. No exigen a la Juventud que piense exactamente como ellos. Respetan su derecho a sustentar ideas propias, y sólo le piden lealtad en la lucha contra el enemigo común.

Nosotros sentimos el orgullo de ser conservadores. Apreciamos en lo que vale la tradición de patriotismo y desinterés que marcaron los hombres de nuestro Partido. Admiramos la solidez de sus principios fundamentales, que nunca fueron quebrantados. Confiamos en la inspiración cristiana y en el espíritu público de sus dirigentes y estamos dispuestos a acatar honradamente la disciplina conservadora.

*Ante los problemas del momento, podrían surgir divergencias entre el Partido, la Juventud, pero*  
Ala llegará en que nuestras ideas sean las de toda la colectividad a que pertenecemos; en que nuestro Partido, ferreamente unido, marche en pos de la renovación que propiciamos. Puede que, para entonces, no hayamos merecido los aplausos interesados de otros campos; que no hayamos decidido jamás las mayorías parlamentarias; que no hayamos visto nuestros nombres escritos con letras de molde en las revistas de izquierda. Pero, en cambio, tendremos la satisfacción de haber servido lealmente ~~nuestras ideas, unificando a los católicos en torno de~~<sup>a</sup> la causa social cristiana, que es la causa de la Patria.

Pero no debe creerse que sólo razones negativas nos unen a nuestro Partido; que sólo nos ata a él nuestra aversión por la Izquierda y nuestro desdén por el Centro. Hay entre el Partido Conservador y su Juventud, vínculos más sólidos que éstos.

Tanto ~~la~~ la Juventud Conservadora como el Partido propiamente tal, son de inspiración católica. De este hecho se deriva la absoluta identidad de los principios esenciales de ambas fuerzas. De aquí nuestro convencimiento de que las posiciones que adopte el Partido Conservador, jamás podrán atentar contra la sustancia de nuestra doctrina.

De cuantas fuerzas se disputan el predominio político en nuestra Patria, el Partido Conservador ha sido la más calumniada por sus adversarios. Se le ha señalado como amparador de intereses, porque defiende el orden. Se le ha tildado de retrógrado, porque antes de propiciar cada medida, analiza las ventajas y los inconvenientes que ella ha de reportar. Se le ha sindicado de enemigo del pueblo, porque no halaga a la masa y sabe mostrarle, junto con sus derechos, sus deberes. Se le ha calificado de quietista, cuando en verdad procura una evolución metódica hacia nuevas fórmulas sociales.

Los hombres del Partido Conservador no son esos sátrapas soberbios e intolerantes que han dibujado nuestros enemigos. Buscan honradamente el bienestar común y no niegan su concurso a ninguna iniciativa de bien público. Comprenden que las fórmulas del pasado no resolverán los problemas del porvenir y reconocen la necesidad de introducir reformas en la organización colectiva. No exigen a la Juventud que piense exactamente como lo generación que lo precedió. Respetan su derecho a sustentar ideas propias, y sólo lo piden lealtad en la lucha contra el enemigo común.

El Partido Conservador no es una fuerza estática, sino una colectividad en perpetua evolución. En el curso de la historia patria, ha mantenido inalterable sus principios fundamentales, pero ha sabido adaptar lo accidental de su doctrina a las necesidades de cada época. Y ayer, como hoy, ha habido entre sus hombres diferentes apreciaciones políticas. Corrientes que en su hora fueron de avanzada, han lu-

chado dentro del Partido para imponerse, y no han necesidad para ello transgredir la disciplina de la colectividad.

Nosotros nos sentimos orgullosos de ser conservadores. Apreciamos en lo que vale la tradición de patriotismo y desinterés que marcaron los hombres de nuestro Partido. Admiramos la solidez de sus principios fundamentales, nunca quebrantados. Confiamos en la inspiración cristiana y en el espíritu público de sus dirigentes y estamos dispuestos a acatar honradamente la disciplina conservadora.

Ante uno u otro problema del momento, podrán suscitarse diferencias de apreciaciones entre el Partido y la Juventud. Pero día llegará en que nuestras ideas sean las de toda la colectividad a que pertenecemos; en que nuestro Partido, ferreamente unido, marche en pos de la honda renovación que propiciamos. Puede que para entonces, no hayamos merecido los aplausos interesados de otros campos; que no hayamos decidido jamás las mayorías parlamentarias; que no hayamos visto nuestros nombres escritos con letras de molde en los periódicos de Izquierda. Pero, en cambio, tendremos la satisfacción de haber servido lealmente a la causa social-cristiana, que es la causa de la Patria.